

neomarxismo y comunismo, el psicoanálisis y el reciente estructuralismo". Llama la atención que, ni en la anticipación del contenido del volumen séptimo ni en el índice del presente volumen sexto, se haga referencia a la neoescolástica y al neotomismo, a cuyos inicios dedicó amplios, elogiosos e incluso encendidos párrafos en el tomo quinto. Tal vez, a pesar de no nombrarlos, piensa hablar de ellos en las páginas finales del volumen en preparación, considerándolos, según permite adivinar su planteamiento de fondo, como última página de la historia de la filosofía hasta el presente y augurio para el futuro.

JOSÉ LUIS ILLANES MAESTRE

PH. DELHAYE, J. BOULANGE, *Esperanza y vida cristiana*, trad. cast. de Luis Horno Liria, Madrid, Ediciones Rialp, (Colección "Patmos", n. 168), 1978, 322 pp., 12 × 19.

Hace veinte años, cuando era Profesor del Instituto Católico de Lille, Philippe Delhaye dictó un curso sobre la esperanza cristiana, que editó con la colaboración de uno de sus discípulos, J. Boulangé. Ahora, cuando Monseñor Delhaye es el Secretario de la Comisión Teológica Internacional y Profesor Ordinario de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Louvain-La-Neuve, Ediciones Rialp ha decidido traducir aquellas lecciones y darlas a conocer al público de habla castellana.

Estas explicaciones de cátedra que ahora comentamos, a caballo entre el difícil tono de la vulgarización y de la didáctica, tuvieron un contexto ambiental del que han quedado muestras innegables en la estructura del índice sistemático: nada menos que todo un capítulo dedicado al "filósofo de la esperanza" —como lo llama el Autor—: Gabriel Marcel, en el que estudia su conocido ensayo *Homo Viator* (1945) y su conferencia *Estructura de la esperanza* (1951). Marcel supo ofrecer, en unos momentos difíciles para Europa recién salida de la Segunda Gran Guerra, un análisis de la esperanza, en cristiano y desde la fenomenología existencialista, que supuso un freno importante a la propagación de otro tipo de análisis sobre la esperanza, desde ópticas no cristianas, como fueron la de Heidegger o de Sartre, por poner dos ejemplos que ya son tópicos.

Aquellos planteamientos de carácter vitalista, con marcados ribetes fenomenológicos, podrían concretarse en la frase de Marcel que Philippe Delhaye toma como punto de partida en el capítulo que dedica al filósofo francés: "La esperanza es al alma lo que la respiración es al organismo vivo". Tal es, por ejemplo, la conclusión fundamental del primer capítulo, titulado "Perspectivas bíblicas": "El papel de la esperanza —comenta el Autor— consiste en devolver su ánimo al creyente; le hace pensar en su porvenir, le permite anticiparlo, disfrutar de al-

gún goce a cuenta de las alegrías futuras y, por ello, seguir teniendo paciencia" (p. 76).

El segundo capítulo ("Jalones patristicos") consiste en un repaso a la doctrina de los principales Padres y escritores eclesiásticos, sin olvidar —no podía ser de otro modo— un atento estudio de las Actas de los Mártires cristianos de los primeros siglos. San Agustín merece una particular atención, centrada en torno a su *Enchiridion*, "que no es un tratado de moral que analice las tres virtudes, sino una exposición dogmática referente a los objetos de la fe, de la esperanza y de la caridad" (p. 129), en base al Símbolo y a la Oración dominical. (El de Hipona inaugura y confirma, con tal metodología, una tradición que después se hará clásica en la Alta Edad Media, y que será adoptada por Santo Tomás en su *Compendium Theologiae* y en sus sermones al pueblo de Nápoles en la cuaresma de 1273).

El capítulo III es el núcleo central del libro, dedicado a las sistematizaciones escolásticas, entre las cuales ocupa una posición central la exposición del Doctor Angélico. Delhaye sigue, punto por punto, la síntesis ofrecida en la *Summa Theologiae* (I-II), debidamente complementada con los lugares paralelos del *corpus tomista*. Aquí, a lo largo de casi medio centenar de páginas, desfilan las nociones y divisiones que ya nos son muy familiares en la Teología católica: la esperanza como pasión y la esperanza como virtud teologal (infusa, por tanto); los objetos de cada una de las dos; las partes integrales y el cortejo de virtudes que se refieren a la virtud teologal; y el estudio de la virtud de la fortaleza que modera el apetito irascible, facultad de la sensibilidad en la que se asienta la esperanza-pasión; etc. Todo ello con notable precisión, brevemente, con sencillez, sin cansar y sin perder —por su tono de vulgarización— el rigor esperado.

Termina el libro con un capítulo, el V de la serie, dedicado a la "casuística moral y pastoral de la esperanza", en el que tienen cabida las circunstancias que acompañan al sujeto de la esperanza, como son la edad y el carácter.

Delhaye se interesa, en resumen, por la esperanza individual, aquella que tiene que ver con cada persona en particular, la que puede sacarle adelante cuando las cosas se ponen difíciles, la que le permite, en orden sobrenatural, aspirar —¡nada menos!— que a contemplar a Dios cara a cara. Ese era el tema que "agobiaba" a los europeos de la década de los cincuenta, que, por ser tema de siempre, sigue atrayendo a los de hoy. Tal es la razón de que el libro no haya perdido actualidad. No obstante, Delhaye ha sabido seguir el pulso de los acontecimientos, desde esa alta atalaya intelectual que es la Comisión Teológica Internacional; y no ha quedado anclado en el pasado, en temas que trató una vez y que ahí quedan editados como muestra de una época que pasó, aunque sigan interesando. Delhaye ha cuidado de ampliar su análisis de la esperanza, superando el tema de la esperanza individual, para vol-

verse también a la cuestión de las esperanzas colectivas. Tales cuestiones, que siempre estuvieron presentes en los ambientes de la Teología católica —que ponía de manifiesto que los cristianos constituyen una colectividad de vínculos sobrenaturales, un verdadero “pueblo” escogido por Dios, en el que existía una misteriosa solidaridad de unos con otros—, han adquirido una importancia capital en nuestra década en virtud de las reflexiones que los teólogos llevan a cabo sobre el sentido del progreso económico y técnico, reflexiones iniciadas antes del Vaticano II aunque espoleadas por la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*. Fruto de sus estudios sobre las esperanzas colectivas ha sido el documento *Promoción humana y salvación cristiana*, emanado por la Comisión Teológica Internacional, publicado en septiembre de 1977 [cfr. Claudio BASEVI, *Promoción humana y salvación cristiana en la Declaración de la Comisión Teológica Internacional* (septiembre de 1977), en “Scripta Theologica” 10 (1978) 673-713]. Ese estudio sobre el progreso es la otra cara de la moneda, el complemento que no se puede perder de vista cuando se presta atención al tema de la esperanza, que lleva aparejadas tantas consideraciones de carácter escatológico sobre el futuro individual y colectivo del hombre, y sobre el destino final de la creación material.

J. I. SARANYANA

André DUMAS, *Théologies politiques et vie de l'Eglise*. Editions du Chalet, Lyon 1977, 204 pp., 22 × 14.

André Dumas, profesor de moral y de filosofía en la Facultad de teología protestante de París y miembro del departamento “Iglesia y sociedad” del Consejo Ecuménico de las Iglesias, recoge en este libro el fruto de un curso de conferencias dictado en 1976 en la cátedra de ecumenismo creada por el “Centro Unidad Cristiana” en la Facultad Católica de Lyon.

El profesor Dumas inicia su exposición trazando una panorámica del desarrollo de la teología del siglo xx, en realidad elaborada teniendo presente ante todo la evolución de la teología protestante, dentro de la que distingue tres etapas: las teologías de la trascendencia de Dios y de la venida escatológica de su Palabra a este mundo, representadas por Karl Barth y Rudolf Bultmann; las teologías de la hermenéutica, representadas por Gerhard Ebeling y Paul Ricoeur, y, finalmente, las teologías políticas, representadas por Jürgen Moltmann, Wolfgang Pannenberg y Johan Baptist Metz. En páginas posteriores prescinde, acertadamente a nuestro juicio dado el enfoque del libro, de Pannenberg y habla en cambio de Gustavo Gutiérrez, si bien sigue siendo Moltmann el autor a quien atribuye la posición central.